

LOS TÚNELES DE LA LUZ

Pseudónimo: Urbanelli

Aquella muchacha desnuda corriendo por el pinar como una visión de espejos deformados, el perro pastor que perseguía enloquecido el curso del sol a través del río; tus labios, como herrumbre del tiempo, hicieron el resto y me sentí feliz. Por un instante las cumbres nevadas de Peñalara y el rumor de los neveros me devolvieron a la vida. Todo cuanto vi y escuché aquella mañana de domingo en la sierra de Guadarrama amplió la percepción de mis sentidos y me dotó del valor suficiente para confesarte que me quedaban seis meses de vida. Ciento ochenta días pueden ser una eternidad amable o un instante doloroso, depende de circunstancias y de interlocutores. Acababan de darme el diagnóstico: carcinoma de páncreas con metástasis y no sé qué más zarandajas que era preferible no entender. En la clínica, ante aquel médico que disfrazaba su propio dolor de mensajero maldito con una sonrisa forzada, me acordé de ti, y por eso te propuse una escapada de fin de semana a la montaña. Viejos amigos (tan viejos como pudieron permitir los límites de un amor no correspondido), comenzamos por hablar de nuestras vidas. Tú habías fracasado en el amor. Tres parejas malogradas y muchos planes abandonados por miedo a sentir una vez más el vértigo del fracaso. Ahora, a tus cuarenta y tres años, eras la dama de hierro, como me dijiste tomando el primer café en San Rafael, y no querías más pájaros de mal agüero en tu nido. Yo te conté la mitad de mi verdad. Después de tanto tiempo no era fácil hacer biografía de la desgracia. Por eso callé mi vida de triste caimán ahogado en la nostalgia. Gracias a ti el universo era plano, y mi sentido de la orientación empezaba y terminaba con tu nombre por las mañanas al levantarme y saber que disponía de todo el día para intentar olvidarte. Después de pasear por Rascafría y llegarnos hasta el monasterio del Paular (recuerdo que la mañana era soleada pero fría, y, por una absurda asociación de imágenes, pensé que tu nariz y tus orejas comenzaban a parecer cristallitos de Swarovski), vimos a aquella muchacha correr desnuda entre los pinares y supusimos que era alguna pobre loca escapada de un frenopático o una bruja huyendo de su inquisidor tras ser

sorprendida en su taumaturgia. En aquella tierra la magia, pensamos sin mostrar más extrañeza, era tan posible como hallar al tuerto Pirón en el viejo Olmo escondiendo candelabros y joyas de ricos hacendados para repartirlos entre los pobres lugareños. Pero ese olmo enfermó y murió hace años, me dijiste... Consideré entonces que era el momento idóneo y te confesé lo de mi enfermedad incurable. Te limitaste a mirarme con ternura para estamparme después un largo beso en los labios. Mi amor de tantos años finalmente había dibujado la estela de la felicidad. Sentí entonces la fatiga y el rubor de los muertos, pero alcé la vista y observé el vuelo circular de un águila imperial. Todo estaba bien. El mundo seguiría latiendo sin mí y tú, mi vieja amiga, mi único amor, serías testigo de mi ausencia. En tu memoria podría anidar como un aguilucho, y eso ya era suficiente recompensa. *El hombre cansado* tendría por fin su hogar y su yacija. ¿Qué más podría pedir?

En el hospital las enfermeras graznan como pajarracos blancuzcos y prehistóricos, los celadores repasan con cuchillos afilados cuellos y barrigas de los pacientes. Parecen verdugos en prácticas recorriendo los pasillos encerados y las habitaciones de oncología . Todo es una locura. La morfina me vence. Ahora toca mostrar el rostro del cadáver que espera sus velones y su último responso. La quimio no dio resultado, mi amor. Ni yendo a la cita diaria contigo he logrado engañar al *bicho*. Ahora te espero en el borde del camino a que vengas con tu sonrisa y un libro bajo el brazo. Todos los días me cuentas un chisme y yo me animo con tanta vehemencia. Sé que pronto las citas cesarán, pero deseo ver tus ojos que proyectan una mirada líquida y discurren cristalinos como el río Moros donde chapoteamos aquel domingo mágico de confesiones y pequeñas locuras. El agua está helada, te quejaste, y yo corrí tras de ti como un fauno para abarcarte la cintura y decirte que no recordaba la última vez que fui feliz. Fueron dos meses que sirvieron para saldar cualquier deuda con el pasado. Todos los sábados me recogías en Moncloa y, tras hora y media de trayecto (puerto o túnel, *it is the question*), desembarcábamos como grumetes, aprendices de la vida, en cualquier rincón

de la sierra de Guadarrama. Mi tiempo descontaba como los segundos intensos que preceden a un naufragio en alta mar, pero oírte reír a carcajadas con cualquier chiste malo, me inyectaba vitalidad para el resto de la semana. Aquel cochifrito delicioso en Navafría, la chimenea de leña del restaurante donde perdiste el anillo que te compré en un mercadillo, forman parte de mi paisaje, y aliento la memoria para sentir el rescoldo de una vida que se me escapa entre los dedos de las manos. Ahora te conozco mejor. Te he comparado con los picos nevados de Gredos, he caminado por los valles de mi sueño, y sé que las saucedas en la umbría del otoño son lugares mágicos donde reposará mi alma. La otra tarde lloraste cuando te pedí que esparcieras mis cenizas en las aguas de Guarramillas. Después cruzaste las manos y, quizá por el dolor que me mordía el vientre, me pareciste una *Madonna* de retablo. Tan bella, transida en tu dolor, recuerdo que hice de tripas corazón y me incorporé de la cama para jalearte como un *hooligan* en su último partido de fútbol. Tus lágrimas ocultaron la última luz de la tarde y yo me quedé dormido como un niño que sueña con las cumbres heladas que le permitirán ascender a su cielo de cristal.

Sé que es mi último día. Hoy has llegado antes y no te has sentado en la butaca como siempre. Merodeas alrededor de la cama y pareces barruntar lo inevitable. No te aflijas, amor. Caminaremos en un sueño compartido desde la distancia, y volveremos a subir al monte Abantos con tus botas de sherpa y mi termo de café caliente, ese maldito cacharro que derramaba el líquido por la tapa siempre mal cerrada. Te lo prometo. Ahora cierro los ojos y veo tu silueta agrandada por la luz de la tarde cuando bajábamos hacia el coche ateridos de frío y deseando el calor de la leña en aquel pequeño albergue de montaña. Siento como un remanso de paz porque estás aquí, conmigo, y todo el dolor que me invade se dispara como un cohete de feria para dejar ver en el cielo los colores vivos que aprendimos a amar en la niñez. Te recuerdo desde este túnel que me devora bajo su sombra, pero acepto la derrota. Me llevaré la risa

y tus dientes blancos, la cuenca de tu mano cuando bebías de las aguas puras del arroyo Horcajos, ¿recuerdas? Verte en cuclillas me recordaba que no hay mayor tesoro que el vínculo del hombre con la sagrada tierra. Diosa de mis días, ahora te tocará espantar el silencio que me sucede, pero pasado el tiempo volverás con algún amigo a la Bola del Mundo y me verás planeando en las alas de un águila o en la corteza resinosa de los pinsapos. Allí estaré, en armoniosa comunión contigo. Estaré, mi amor, no lo dudes. Ahora siento tu mano trémula sobre mi frente y sé que estás preparada para decirme adiós tras un breve viaje en coche (puerto o túnel, *it is the question*) al Shangri-La que nos unió al cabo de los años. Nos vemos pronto.